ADELANTE!

PERIÓDICO DEL Y PARA EL PUEBLO

AÑO I -- NÚMERO 12 | MONTEVIDEO, SEPTIEMBRE 1.º DE 1909 | Dirección: CALLE NUEVA YORK, 128 a

PORTE PAGADO.

NUESTRAS IDEAS

Si unos cuantos señores—periodistas, concejales, senadores, diputados—pretenden embrutecer al pueblo con la propagación de unos ideales políticos harto desacreditados ya, nosotros, los anarquistas, debemos estar dispuestos á no consentirlo.

Nosotros, que vemos en el hombre al hombre, no á la COSA; que consideramos á todos los seres con idéntico derecho al disfrute de la vida y al goce de la Naturaleza; que conceptuamos la igualdad como el medio eficacísimo y seguro de regular la norma de la vida humana; que entendemos la libertad de modo bien distinto á como la interpretan hoy día las RADICALÍSIMAS repúblicas americanas y las europeas de Francia y Suiza; que practicamos la fraternidad cual no la practica hoy ningún partido político, por radical que sea; nosotros, que así pensamos y así obramos, ¿cómo vamos á consentir que se engañe al pueblo de tal manera y que se falseen los hechos y se hagan apreciaciones y juicios de dudoso gusto y casi siempre infundadas, acerca de la anarquía y de los que la propagan?

Se ha venido creyendo hasta aquí que la anarquía era irrealizable y que los que la defendían ó eran asesinos ó les faltaba muy poco para serlo. ¡Qué ignorancia! Irrealizable pareció en tiempos la máquina de vapor, el automóvil, la electricidad, miles de inventos que la ciencia y el progreso han ido produciendo poco á poco. Irrealizable parecerá siempre todo aquello que esté llamado á beneficiar al pueblo, á hacerle agradable la vida, á sacarle del decaimiento en que sus amos le postraron. Irrealizable será, para oportunistas, vividores y políticos—todo en una pieza—la implantación de la anarquía.

¡Naturalmente! ¿Como conceptuar buena la anarquía—se dirán estas gentes—cuando ella representa la anulación de todo poder; cómo conformarse con ella, ya que su implantación significa para nosotros el CESE de nuestros chanchullos, de nuestra autoridad, de nuestros privilegios?

Y el burgués, representado por el comerciante que roba, el patrono que explota, la autoridad que tiraniza y el cura que embrutece, intenta convencer al pueblo como puede.

«La palabra ANARQUÍA—dice Reclús—podrá horrorizar á los que únicamente la consideran como sinónimo de desorden; pero, ¿qué culpa tenemos nosotros de que no sea admitida en su verdadera acepción, en aquella que simplemente la dan los diccionarios: AUSENCIA DE GOBIERNO?»

Es verdad. Y precisamente por ese interés que muestra la burguesía en variar los hechos é interpretar las cosas á su modo, vamos nosotros á poner los puntos sobre las íes, la verdad en su sitio:

La anarquía es una sociedad sin gobierno, basada en la libre organización de los productores y exenta, por tanto, de todo prejuicio político ó religioso; el libre acuerdo y el apoyo mútuo sustituirán á la autoridad y á la caridad de la sociedad burguesa, iniciando al individuo en la verdadera vida y mostrándole cómo debe conducirse para con sus compañeros. En una sociedad así formada, en una sociedad que no conozca fronteras y en la que el cariño haya sustituído al odio, ¿serán posible las guerras? Si en dicha sociedad queda suprimido el dinero, origen de casi todas las discordias humanas, fuente de perdición, de orgullo y de desigualdad, ¿habrá robos, hurtos, estafas, asesinatos? Si el amor es declarado libre, es decir, que todos los hombres y todas las mujeres son libres para escoger compañera ó compañero, hacer entre los dos vida común y separarse de la misma manera que se unieron si á causa de los caracteres, gustos ú otros motivos análogos no se entienden ¿existirá en la sociedad anarquista crímenes pasionales? Honor, honra,

SE REPARTE GRATIS.

todas esas mogigangas que los interesados en perpetuar la actual sociedad burguesa han establecido, todo desaparecerá en la anarquía. La anarquía, armonizando la manera de ser de cada individuo con el ambiente anarquista, lleno de paz, de amor, de igualdad y de condescendencia, influirá notablemente en la marcha de la Humanidad; la anarquía, suavizando las asperezas de los caracteres opuestos, colocándolos en un medio más humano, más sensitivo, más cariñoso, logrará hacer de los seres hombres buenos, sinceros, conscientes, desterrará de la mente toda idea de conquista, de guerra, de adoración, de acatamiento, educará racionalmente á los niños con lecturas y enseñanzas en las que se halle excluida la hipocresía, dotará á la mujer de la alegría y de la tranquilidad, cosas ambas de que carece en esta vida burguesa, donde, por triste herencia, parece ser carne de fieras, víctima de la navaja ó el revólver del zulú que contra el deseo de ella, pretende poseerla.

No hacemos más que dar una ligerísima idea de lo que será la sociedad futura. No es posible condensar en esta hoja toda la inmensa grandeza que encierra la palabra ANARQUÍA,

Por eso mismo, por los beneficios que la implantación de la Anarquía ha de reportar al pueblo, los charlatanes de oficio, los mochuelos de la política, todos los detentadores del sosiego y de la felicidad popular se esfuerzan tanto para combatirla.

Nosotros, en cambio, no hacemos esfuerzos para convencer al pueblo de la justicia y la belleza de nuestros ideales. La anarquía es el amor y el amor ni es explicable ni es, á veces, comprendido: debe ser SENTIDO. Lo demás es pura charlatanería.

En la sociedad anarquista

VI

La abolición de la moneda

Se habrá notado que unos asuntos se enlazan con otros y que al tratar de la abolición de la moneda, nos hemos visto obligados á discutir, en parte, el funcionamiento del trabajo y del consumo en la sociedad futura. En el tema: «¿Cómo funcionaría una sociedad sin alguien que dirigiera y castigara á los delincuentes?», trataremos con más extensión este mismo asunto de la producción y el consumo.

Hemos aceptado, con los que no han comprendido aún el anarquismo, que el hombre es un ser excesivamente egoísta que siempre obra impulsado por una conveniencia personal; pero hemos admitido este extremo pesimista, no porque estemos convencidos de que el hombre nada tenga de altruísta ni de abnegado, sino para atacar con sus mismas armas á los que al establecimiento de la igualdad y de la fraternidad oponen los defectos de nuestra raza, particularmente los de la ambición y los del egoismo. Mas á pesar de que para demostrar que no nos duelen prendas y que no tememos objeción alguna, admitimos sin discusión el egoismo humano como origen de nuestras acciones, queremos hacer constar, en honor de la raza á que pertenecemos, que más fuerza que el egoismo tiene muchas veces el altruismo, y que, excitados por el amor hacia nuestros semejantes, exponemos nuestra vida para defender ó salvar la de los demás, amén de una multitud de acciones que demuestran la debilidad del egoismo cuando la conciencia lucha entre lo que creemos de justicia y de deber y las conveniencias personales.

Al decir todo el mundo «el hombre es egoista», se quiere significar que sólo se mueve á impulsos de la conveniencia, y que este modo de ser de nuestra raza, es una dificultad para el establecimiento de aquellas condiciones sociales que exijan desinterés. Es decir, la anarquía es bella y justa, pero el hombre es de tal condición, que no puede vivir en medio de tanta belleza y de tanta injusticia. ¿No es eso? Pues bien, si el hombre es egoista ante todo, por egoista el hombre deseara establecer la sociedad libertaria.

Ninguno de nuestros lectores ni aun de nuestros adversarios, negará que la salud es una conveniencia particular, y que el goce de una vida mucho mejor que la presente, incomparablemente mejor que la presente, es una conveniencia general que tiene por base la particular é individual de cuantos vivimos.

Si preguntamos á cualquiera de nuestros semejantes si es feliz, contestará que no. Si le preguntamos si tiene como aspiración una vida mejor que la que goza, sea el preguntado de la condición que fuere, contestará que sí, y si le rogamos que explique en qué consiste esa vida que él guarda en el arca santa de sus ilusiones, pintará una vida simple y fácil en extremo, una vida al alcance de todo el mundo, pero que, por la oposición de los intereses sociales, encuentra en su desarrollo la oposición de todo el mundo.

De este anhelo á una vida mejor, que sería precisamente más artística y simple, nadie se escapa, ni los reyes, ni los magnates, ni los dueños del patrimonio universal. Nadie se escapa, porque hay cosas, las más preciadas y las más naturales, que no se compran ni se venden, y como no hay cosas que no se compran ni se venden, no pueden poseerlas los poderosos de la tierra. Y esas cosas son tan sencillas y naturales como las siguientes: la salud; el que no la posee lo daría todo por adquirirla; el amor; el que no lo inspira personalmente no lo inspirará de otra manera, y es inútil que tenga millones, porque los millones facilitarán mujer á un hombre, pero no le proporcionarán amor; el aislamiento completo, cosa que es absolutamente imposible, y que siendo absolutamente imposible el aislamiento completo, aunque tengas salud y amor, no podrás evitar que la infelicidad y la pequeñez moral de los que se relacionen contigo te causen disgustos y sinsabores.

De suerte que en una sociedad desgraciada es imposible la existencia de un hombre feliz, aunque ese hombre se llame emperador, sea rico, sea amado y goce de salud perfecta, que si no tiene salud y se le quiere exclusivamente por sus caudales, la infelicidad es mucho mayor.

Fácil nos sería demostrar que toda falta de salud tiene un origen social. Es este un tema que hemos tratado en otras ocasiones, creemos que con ventaja, y bastaría reproducir lo que entonces dijimos para llevar al ánimo de nuestros lectores el convencimiento de que no hay dolencias naturales; al contrario, la

misión constante de la naturaleza es repeler las enfermedades de nuestro organismo y sanear nuestro cuerpo, y si en algunos ó en la mayoría de los casos no vence la naturaleza, es porque se la desatiende ó no se la atiende en la medida que deberíamos, por falta de medios unas veces, conocimientos otras y no pocas porque los negocios, el trabajo ó el cargo nos atan á la muerte.

Tenemos, pues, que la falta de salud, una de las condiciones que más contribuyen á nuestra infelicidad, es consecuencia de la lucha social: disgustos, miseria, prostitución (que á su vez reconoce por causas el honor, la honra, la moral y el matrimonio, cosas perfectamente perjudiciales), trabajo excesivo y hasta la ignorancia de la gente.

No hay persona en la tierra, por poderosa que ella sea, que no se haya forjado una vida mejor que la que goza, vida que está entre sus semejantes, y de la que no goza, no por no ser rey el duque, ni duque el marqués, ni rico el pobre, que todos los reyes, duques y ricos son infelices comparando la vida que llevan con la que sueñan, sino porque, como hemos dicho antes, todas las vidas presentes están en oposición unas con otras, y el emperador, además de sufrir los disgustos que produce la familia y el cargo que ocupa, puede ser asesinado ó vencido, y el rico puede verse pobre, y el pobre descender hasta la miseria. La infelicidad, de consiguiente, está en la base de la presente sociedad, que es la guerra y la explotación del hombre, habiendo de ser la solidaridad y el apoyo mutuo.

Si la base de las relaciones humanas fuese la solidaridad y el apoyo mutuo, el hombre no tendría por qué temer, como ahora, la oposicion de sus semejantes, y sin la oposición de sus semejantes, la felicidad sería un hecho, porque la felicidad está entre nosotros, en la armonía de todos, en esta armonía que algunos no creen posible, cuando lo único imposible es la paz y el amor en una sociedad que exige guerra y competencia para poder vivir en ella.

Si solamente nos movemos á impulsos del egoismo, si es un caso de egoismo desear vida mejor y si la anarquía nos ofrece esa vida, la cuestión queda reducida, no á matar el egoismo ni á mejorar nuestra raza, sino á convencer á los hombres, sean ricos ó pobres, poderosos ó débiles, que con el establecimiento de una sociedad solidaria habríamos de mejorar todos de suerte.

De cuanto queda dicho se deduce, pues, que el hombre, por egoismo, querrá establecer y después respetar las condiciones de la sociedad anarquista y de cuanto diremos antes de dar por terminado el tema «*La abolición de la moneda*», se deducirá que por conveniencia propia nadie querrá explotar á sus semejantes, que todo el mundo querrá trabajar lo que sea menester, y aún más de lo que sea menester.

Carta segunda

Mundo de las Injusticias, Agosto 31 del año maldito.

Armonía:

Los enamorados de todas las edades, han vivido siempre en el más encantador de los mundos, pues que llevando flores en el alma, han visto florecer hasta las piedras, y encerrados en las murallas de un egoismo perfecto se han sentido felices, aunque los aires se hayan poblado de clamores, lamentos y maldiciones, como si el amor les hubiera hecho malos, sordos, inconmovibles ante los dolores del mundo. Yo también quisiera olvidar; no sentir; marearme con el eco de tu voz; adormecerme al dulce arrullo de tus cantos y tus besos, y no oir el estruendo que destruye tantas vidas como la mía, tantos idilios como el nuestro, y mata en flor una inmensidad de ilusiones y esperanzas, que acaso pudieran ser estímulos de estupendas creaciones. Pero no puede ser así; hijo de un siglo de soberbio despertar, me conmueven sus agitaciones, me deslumbra su fuego y me lleva allí donde se lucha, donde se padece y sufre por alcanzar una mejora, por conquistar una libertad. Yo he hecho de tu vida un símbolo, te veo en todas partes; feliz con los que saborean las dulzuras de la vida, y desdichada y triste con los que padecen sin tener otro paño de lágrimas que la inmensidad de sus infortunios. Y asi como te creo merecedora de todas las felicidades, de todo el bienestar de la tierra, creo también que pueden alcanzarte todas las tristezas. Y, ante los grandes desastres, ante el azote implacable que castiga á las almas, creo que sufres, creo que padeces, creo que suspiras, y estoy triste, á veces, y otras me cargo de cóleras y rabias, dispuesto á la protesta, contra todo lo que interrumpe el armonioso ritmo de la vida, y corro hacia ti para templar mis nervios al calor de tus promesas de amor. (Fatalidad, que al presente nos separe el abismo de una distancia inmensa).

La moderna civilización

Cada vez que pienso en el estado moral é intelectual de los llamados *pueblos civilizados*, siento inundarse mi alma de asco y mi rostro sonrojarse de verguenza.

¡ Moralidad... cultura... civilización...! Penetrad á través de esos fantasmas envueltos en la túnica de mágicos colores, y vereis que son sueños visionarios, palabras vanas sepultadas de pronto en el profundo abismo del no ser.

Y si desprendidos de todo prejuicio observais á los pretendidos pueblos civilizados, no vereis en su fondo más que ciénago y podredumbre.

Y es muy natural que á pesar de todo ese inmenso voltear del progreso sin fin, la Humanidad se halle retrotraída en un estado salvaje, presidida por una especie de pedantería imbécil encargada de juzgar, medir y condenar los actos de las muchedumbres que le han servido de escalón en su ascensión de la cúspide del poder.

Cuando la Humanidad se hallaba dudosa, anonadada entre la esclavitud y el porvenir incierto, surgieron unos pocos alucinados que erigiéndose en profetas y pastores del rebaño inconsciente perdido en la llanura de los tiempos, lejos de conducirle hacia el verdadero camino de la redención, le arrastraron muchísimo más atrás, sin duda, del lugar primitivo de partida.

¡ He ahí la obra del cristianismo ! ¡ Y he ahí al pueblo, en ese deplorable estado físico, moral é intelectual! Sus rígidas leyes establecen la pena con arreglo á un solo molde: el asesinato lo castigan con el asesinato, el robo con el robo, matar al que ha matado; é inspiradas en fin, por un sentimiento de odio y de venganza, no ven que ese método resulta no solo estéril, sino que resulta del todo contraproducente.

La fraternidad, la ley de amor, el perdón para esas pobres víctimas del medio en que actúan, el cariño para el enfermo de los sentimientos, toda esa fuente de salud moral, lejos de practicarla la considera como un delito. Y en medio de esa *descollante civilización*

no ven que la amenazas de los códigos pueden menos que la ternura, ni creen que el mal subsistirá mientras existan las causas que lo engendran. Y siguen tronchando sin compasión vidas y libertades sin dejar escapar nunca una ráfaga de amor, una luz de cariño, uua palabra de perdón para sus enemigos.

El dios de las represalias, es aún su símbolo. No saben de la misericordia, sino de la venganza.

¡He ahí la civilización y la cultura de la Sociedad contemporánea!

Nuestra Prensa

"IL LIBERTARIO"

Apareció en el año 1903 y se publica en La Spezia (Italia).

El tamaño es exactamente igual al de los rotativos, va impreso á seis columnas y en papel satinado.

Posee una buena información postal de las provincias italianas, y la de La Spezia es muy extensa.

El conjunto resulta muy ameno, sus juicios muy razonables y el espíritu de sus artículos eminentemente batallador.

Es semanario y se publica los jueves.

La suscripción trimestral en Italia vale una *lira*, y fuera de ella, *lira y media*. El número suelto, cinco céntimos.

Inserta suscripción voluntaria para su sostenimiento, y publica en cada número el balance del anterior.

Imprímese en la Tipografía *La Sociale*, Vía Roma.

Los compañeros que quieran comunicarse con *Il Libertario*, diríjanse á la Casella Postale número 10, Spezia (Italia).

Un "UKASE" á lo ruso puesto en vigor en España

Publicamos sin comentarios el siguiente *ukase* dictado por el Ministro del Interior en España, Sr. La Cierva, natural de Mula (Murcia). (Apellidado y pueblo rigurosamente ciertos). Como se verá es digno, verdaderameute, de un grandísimo animal.

« El Ministro de la Gobernación á los gobernadores civiles:

Habiendo sido prohibida la expedición de todo despacho particular ó de la Prensa, telegráfico ó telefónico, para el interior y para el exterior, que contenga noticias de las operaciones militares en Melilla, movimiento de fuerzas y cuanto con aquéllas se relacionen, sólo podrán publicar los periódicos los telegramas oficiales que circulen, previa censura para comprobar su exactitud.

Si algún periódico publica otras noticias, aunque sean recibidas por correo, como se trata de relación de noticias que pueden perjudicar operaciones militares, debe V. E. hacer que en el acto se denuncien y no circulen por correo.

Igualmente procurará sean denunciados los periódicos que publiquen los telegramas oficiales con grandes epígrafes sensacionales, encaminados á exagerar el número de víctimas de la guerra, censurar al ejército ó deprimir el espíritu público, con daño de la disciplina militar.

La insensata y antipatriótica campaña que viene haciéndose exige una viril defensa de altos intereses nacionales, que no estoy dispuesto á posponer ni á las pasiones políticas ni al afán de lucro de Empresas periodísticas ».

"El Terrón de Azúcar"

(Continuación)

el coche restaurant, encontré en el pasadizo de entrada al camarero de la policía secreta, que tomó de mis manos el vino y me despidió otra vez para la cocina.

Vuelto á mi pequeño departamento reanudé mi trabajo de lavar platos, cuando de repente Liustig, con cara pálida y descompuesta entró donde yo estaba y cerrando la puerta tras de sí me dijo en voz baja pero revelando la mayor angustia:

—¡Estamos perdidos! Alguien ha puesto eso de pié.

—¿Cuanto tiempo hace? — exclamé todo asustado al oir estas palabras, pues reconocí que la cosa era gravísima.

—No lo sé—contestó Liustig—Acaso un cuarto de hora.

Sin vacilar un momento abrí la puerta y afectando la mayor indiferencia pasé al centro de nuestro coche donde había un armario con las provisiones para el viaje. Abrí una de las compuertas y examiné el interior. En la tabla de abajo estaba efectivamente un objeto que yo había traído de Londres en mi maleta y cuya vista no podía en modo alguno despertar sospechas. Era simplemente un pedazo de azúcar en forma cónica y cuyo vértice había sido roto durante el día y usado, conservándose todavía el papel azul que formaba la cubierta ó envoltura. Durante todo el viaje yo había tenido buen cuidado de que este pilón de azúcar se mantuviese echado; pero uno de los sirvientes, notando sin duda que rodaba con los movimientos del carruaje lo enderezó asentándolo sobre su base y colocándolo en un rincón del armario. Traté enseguida de restituirlo á su posición horizontal, y al hacerlo noté que estaba húmedo y que mis dedos se impregnaban en un líquido pegajoso.

Era ya, pues, tarde para tomar disposición ninguna. Volví á cerrar el armario, y corrí al lado de Ivan.

—¿Y qué?—me preguntó éste—¿Qué has hecho?

—Nada. No nos queda más que un recurso.

—¿Cuál es?

—¡Saltar del tren!

—¿Del tren, y estando en marcha?

Asentí con la cabeza y me asomé á la ventanilla para ver dónde nos hallábamos. Al principio no percibí sino una obcuridad completa, pero muy pronto pasamos por delante de una estación que reconocí inmediatamente. Entonces me volví á Liustig y le dije:

—Estamos á unas diez y ocho *verstas* de Borki y muy cerca del sitio en donde se habría convenido que fuese la explosión. Si nos quedamos en el tren ya sabes la suerte que nos espera—añadí al notar que vacilaba.

Abrí la puerta que daba á la cocina donde estaban los otros dos sirvientes de guardia fumando cigarrillos y bebiendo «vodka».

—¡Ven!—Le dije á Liustig en voz bien alta para que me oyeran los otros.—Creo que estamos cerca de Borki. Vamos á la plataforma de afuera. Yo he vivido en esta tierra, cuando era muchacho.

Liustig me siguió. Salimos á la plataforma que comunicaba el extremo anterior de nuestro coche con la máquina y descorrí el cerrojo que cerraba la barandilla de hierro lateral. Caminábamos á regular velocidad cruzando un llano, pero en medio de una tempestad deshecha de agua y viento.

—¡Sígueme!—dije á Ivan, y sin dudar un momento salté á tierra, procurando caer lo más lejos de la vía.

(Continuará).